

**Fernández, Víctor Manuel**

*Hoy, ¿es verdaderamente posible y atractivo ser fieles a los compromisos contraídos?*

Boletín de Espiritualidad Año XXXVII, N° 211, octubre-diciembre 2005

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

FERNANDEZ, Víctor Manuel. *Hoy, ¿es verdaderamente posible y atractivo ser fieles a los compromisos contraídos?* [en línea]. *Boletín de Espiritualidad*, 37.211 (2005) Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/rectorado/hoy-posible-atractivo-fieles.pdf> [Fecha de consulta:.....]

# Hoy, ¿es verdaderamente posible y atractivo ser fieles a los compromisos contraídos?

Pbro. Dr. Víctor M. Fernández

La respuesta a la pregunta del título parecería obvia. Pero en esta época que vivimos, las personas consagradas y los agentes pastorales no siempre encuentran razones firmes para seguir siendo fieles a los compromisos contraídos. Algunos consagrados llevan doble vida, muchos sacerdotes jóvenes encuentran rápidamente excusas para dejar el ministerio, los laicos comprometidos en alguna tarea evangelizadora suelen ser inconstantes y a veces ceden fácilmente a las ofertas más cómodas y placenteras de la vida posmoderna. Por consiguiente, viene bien detenernos a considerar las motivaciones para la fidelidad, sin pretender dar respuestas demasiado rápidas y voluntaristas.

## 1. *El primer amor*

Muchas veces la infidelidad es consecuencia directa de haber dejado enfriar el primer amor. Vale la pena releer Ap 2, 3-4, donde se alaba la paciencia y la constancia de la comunidad de Éfeso, pero se le reprocha: "tengo contra ti que has perdido *tu primer amor*". La expresión podría entenderse de dos maneras: o el amor más excelente, el que ocupa el primer

lugar, o bien el amor de los primeros tiempos, del comienzo. En las Escrituras la expresión tiene más bien el segundo sentido. Así lo vemos, por ejemplo, en el Salmo 89, 50: “¿Dónde están tus primeros amores Señor, que juraste a David por tu lealtad?”. Se trata del amor que dio origen a la relación, el amor que llevó a sellar una alianza.

En esta línea es muy importante Jer 2, 2: “De ti recuerdo tu cariño juvenil, al amor de tu noviazgo, cuando tú me seguías por el desierto, por la tierra no sembrada. Consagrado estaba Israel a Yahvé, era las primicias de su cosecha”. Es la época del enamoramiento, del entusiasmo y la ternura, cuando todo lo que no es el ser amado parece un desierto y se escucha “voz de gozo y de alegría, la voz del novio y de la novia, de los que traen sacrificios de alabanza” (Jer 33, 11).

Dios mismo añora esa época transida de confianza juvenil, donde el amor lleva a relativizar todo lo demás, y donde todo adquiere su sentido a la luz de este gran amor. Por eso para él no se trata de un enamoramiento inmaduro y pasajero, sino de un momento fundamental, constitutivo que, después de las etapas de aridez y purificación, siempre es necesario revivir:

“¡Levántate, amada mía, / y ven hermosa mía!

Porque, mira, ya ha pasado el invierno /  
y han cesado las lluvias.

Aparecen las flores sobre la tierra. /

¡Ha vuelto el tiempo de las canciones!” (Cant 2, 10-12).

Es decir, la consciencia del amor incondicional de Dios, cargado de ternura y fidelidad, debe ser experimentado una vez más, como la convicción primordial que estructura toda la vida cristiana y da sentido a cualquier compromiso. Es verdad que esta experiencia puede ser vivida de diversas maneras de acuerdo a los procesos personales, a las circunstancias y a los misteriosos caminos que Dios quiera hacer en el corazón de las personas; pero de un modo o de otro es necesario que esta convicción del amor del Padre esté firmemente anclada en lo profundo del corazón.

De otro modo, ninguna auténtica fidelidad es posible para nosotros, frágiles e inconstantes como somos. Hace falta volver a escuchar, una y otra vez, las palabras de amor que Dios dirige de modo tan insistente, bello y variado en la Escritura.

Es un amor entrañable y cargado de ternura:

✓ “Eres precioso a mis ojos, y yo te amo” (Is 43, 4)

“Mira, te llevo tatuado en la palma de mi mano” (Is 49, 15)

Es un amor fiel e incondicional:

“Podrán correrse los montes y moverse las colinas, pero mi amor no se apartará de tu lado” (Is 54, 10).

“Yo te amé con un amor eterno, por eso he guardado fidelidad para ti” (Jer 31, 3).

Es un amor que hace fiesta y provoca gozo:

“Tu Dios está en medio de ti, un poderoso salvador. Él grita de alegría por ti, te renueva con su amor, y baila por ti con gritos de júbilo” (Sof 3, 17).

Es un amor que desea la felicidad del hijo amado:

“Hijo, trátate bien con lo que tengas... No te prives de pasarte un buen día” (Sir 14, 11.14).

Dios nos regala espléndidamente todas las cosas para que las disfrutemos” (1 Tim 6, 17).

En todo caso, habrá que reconocer los bloqueos interiores que no nos permiten dejarnos amar, habrá que hacer conscientes las resistencias que ponemos al amor de Dios y trabajarlas en la oración, en la dirección espiritual, y quizás en la terapia si fuere necesario.

Así permitiremos que la obra de la gracia que ha tocado nuestra vida pueda explayarse mejor en nuestra emotividad herida y cerrada. Nunca es conveniente permitir que se prolongue indefinidamente una situación de aridez, de oscuridad o de acedia interior, que sólo puede tener una función pasajera en el camino espiritual.

Dejar de enfrentar las causas de esta situación sería exponerse temerariamente a la infidelidad.

## *2. El amor que promueve al amigo*

Este anuncio del amor incondicional de Dios, que hay que volver a recibir cada mañana, es la verdad principal, que sostiene y estructura nuestra vida espiritual; pero eso no significa que sea la única verdad.

Es cierto que la auténtica doctrina cristiana sobre la gracia implica la convicción de que Dios regala su amistad de modo absolutamente gratuito.

Como cualquier otra amistad, no puede ni debe ser comprada ni merecida. Puesto que entre la vida íntima de Dios y nuestro corazón humano hay una desproporción infinita, la amistad que él nos ofrece sólo puede ser recibida con confianza y aceptada con gratitud, pero nunca adquirida. Y nada de lo que hagamos después de recibirla podrá volverla merecida. Será eternamente un regalo gratuito. Entonces no hace falta desvivirse para sentirse digno o merecedor de un don tan grande. Simplemente hay que acogerlo con el gozo de saberse generosamente agraciado, y sencillamente dejarse amar.

No obstante, la Iglesia siempre ha enseñado que esa amistad espera una respuesta y nos capacita para que seamos partícipes de nuestro propio *crecimiento* a través del cumplimiento de nuestros compromisos. El amor de Dios no es ineficaz, no nos deja iguales. Nos promueve para que saquemos lo mejor de nuestro ser tocado por su gracia, y así cooperemos para lograr el desarrollo de esa vida nueva que hemos recibido gratis. No para merecer su amistad, pero sí para hacerla crecer. Porque Dios, al regalarnos su amistad, nos toma tan en serio que quiere hacer *con nosotros* —con nuestra entrega, nuestra creatividad, nuestras búsquedas— un camino nuevo.

Este crecimiento consolida nuestra alianza con Dios, y va creando las condiciones que favorecen nuestra fidelidad. Una débil entrega en este camino de crecimiento nos expone a ceder más rápidamente a las ofertas del mundo y a abandonar los compromisos contraídos. Porque la gracia no nos sana completamente, y requiere nuestra cooperación para poder explayarse en todos los aspectos y dimensiones de nuestra vida, para penetrar con la fuerza del Espíritu nuestras fibras más frágiles, inconsistentes y vacilantes.

A su vez, una fidelidad sincera, prolongada en el tiempo, va reafirmando y unificando todo nuestro ser espiritual, para que nuestra relación con Dios no esté hecha de fragmentos o de simples momentos sin conexión y sin fuerza totalizadora.

### *3. Más allá de los condicionamientos*

Es verdad que todos estamos llenos de límites que a veces nos condicionan fuertemente en nuestra respuesta al amor de Dios:

“La imputabilidad y la responsabilidad de una acción pueden quedar disminuidas e incluso suprimidas a causa de la ignorancia, la inadvertencia, la violencia, el temor, los hábitos, los afectos desordenados y otros factores psíquicos o sociales”  
(Catecismo de la Iglesia Católica 1735).

El Catecismo menciona también la inmadurez afectiva, la fuerza de los hábitos contraídos, el estado de angustia (CCE 2.352). Pero esto no implica favorecer la dejadez o la mediocridad en nuestra respuesta a la gracia. La gracia misma provoca el deseo interior de agradar más a Dios con la propia vida o de seguir más perfectamente sus propios impulsos internos. En la gracia misma, aun cuando su dinamismo esté condicionado por deficiencias no culpables del querer o del obrar de la persona, hay una tendencia a despertar el deseo de la superación de esos condicionamientos, deseo que puede hacerse más explícito en contextos y situaciones adecuadas. Por eso, la persona condicionada, aunque viva en paz con un Dios amante y compasivo, no deja de experimentar un “no deber ser” en su modo de vivir. Siente que el amor de Dios está ofreciendo mucho más. Hablar de los condicionamientos sin hablar del poder de la gracia es condenar al hombre a la pusilanimidad y a una indigna falta de respeto hacia sí mismo.

Muchas veces, el que ha sido tocado por el amor divino, experimenta el dolor de haber desperdiciado impulsos de amor. Reconoce interiormente el dinamismo del Espíritu invitándole a vivir con un corazón más libre, valora el llamado a una entrega mayor aunque eso implique un secreto martirio. La lectura de la vida de algunos santos –como la historia apasionante de San Agustín, San Francisco de Asís, etc.– o la propuesta de los grandes místicos, a veces resuena como un llamado a la cima de la unión con Dios. Despierta al mismo tiempo el gozo de reconocer lo que Dios ofrece, y el dolor de haber elegido mucho menos que eso, demorados en el camino con muchas distracciones y opciones mediocres. Esto vale tanto para el llamado de Dios a una plena y generosa comunión fraterna como para la invitación a las cumbres místicas.

Pero hay una gran ingenuidad que a veces tiende a reducir las causas de los problemas a los condicionamientos psicológicos que exculpan, y olvida que siempre es necesaria una cuidadosa prudencia, la previsión y ciertas renunciaciones cotidianas. Son frecuentes las actitudes permisivas y el consumo de estímulos, que a su vez llevan a cierta ambigüedad en el intercambio con otros.

Se trata de un individualismo consumista, porque en la verdad íntima de lo que moviliza realmente a cada uno, y más allá de lo que de hecho predicamos, lo sensible se vive como más importante que la respuesta a Dios, que el razonamiento, que la decisión o el esfuerzo, que la educación de la voluntad y de las pasiones. Y no podemos negar que para quien tiene como principal propósito real la satisfacción de sus deseos inmediatos, es muy difícil sacrificarse por otros o no ceder a la tentación de la infidelidad – en sus variadas formas– para poder cubrir sus necesidades.

El placer, la distensión y la necesidad de reconocimiento, suelen tener prioridad absoluta –no en el razonamiento sino en los hechos– por sobre la comunión con los demás, la vida compartida, el caminar y luchar con los demás. Para no sentirnos obligados a salir de esa dinámica, hoy es frecuente excusarse en los condicionamientos personales que nos quitan libertad.

#### *4. La unidad entre la identidad personal y la misión*

Otra de las causas de la infidelidad es una especie de complejo de inferioridad que no permite a los agentes pastorales estar felices con lo que son ni sentirse plenamente identificados con su ministerio y su mensaje. Hay una escisión excesiva entre lo sagrado y lo mundano. Por eso se puede pasar de una predicación donde Dios es todo, a buscar un grupo de amigos donde jamás se lo mencione y donde el mismo sacerdote prefiere que el tema religioso no aparezca.

Por esta esquizofrenia pueden coexistir dos cosas: Un rechazo del mundo, un lamento ante el fenómeno de la secularización y los ataques a la Iglesia, un espíritu religioso que se siente amenazado, etc. Pero por otra parte, una tendencia casi inconsciente a amoldarse al mundo, a no perderse nada de lo que la modernidad ofrece, en una especie de obsesión por ser como todos. Esta obsesión, que es un modo de aplazar la propia conversión, también es altamente desgastante, porque se trata de escapar de aquello que precisamente me otorga una identidad que le da sentido a mi actividad, y sin la cual las tareas se vuelven forzadas. Aquí aparece la dicotomía más peligrosa, porque afecta al ser personal: es la separación entre identidad personal y misión religiosa.

La misión que Dios confía no termina de marcar a fondo la identidad personal. Entonces, por ejemplo, yo soy por una parte cristiano, sacerdote, hombre de Dios y de lo sagrado, y hombre para los demás, pero por otra parte soy yo mismo, este ser humano concreto con sus necesidades, nostalgias y sueños. No se fusionan ambas cosas en la unidad personal. Por eso puede suceder que a la hora de plantearse una eventual deserción, un sacerdote destaque sólo que su actividad es reemplazable, sin plantearse lo que eso significa para el sentido personal de su vida.

En esta línea, en algunos curas aparece el deseo de estudiar alguna otra carrera para mostrarle a la sociedad que ellos no se reducen sólo a cosas ligadas a la religión y que también son competentes en otras cosas. Es parte del complejo de inferioridad, que se deja contagiar por el escepticismo de ciertos sectores. Si no estudia otra carrera, quizás encauce de otro modo esta obsesión por demostrar que él es capaz de algo más que

el ministerio: tratando de sobresalir en el deporte, tocando algún instrumento, y hasta bailando. Esta obsesión lleva muchas veces a dedicarle más tiempo a estas cosas que al ministerio sacerdotal. También hay curas que se dedican fundamentalmente a la asistencia social, pero no tanto por un genuino amor a los pobres, sino porque advierten que los sectores ilustrados más secularizados valoran que el cura se dedique a esa tarea, pero sin plantear cuestiones religiosas ni transmitir un mensaje trascendente.

Son diversos mecanismos que, detrás de la apariencia de un diálogo con el mundo, implican un miedo a ser despreciados y una renuncia a ser identificados como personas consagradas. Esto es un veneno, porque el que no está contento consigo mismo y con su identidad se expone a estar cada vez más insatisfecho y necesitado de compensaciones.

Por eso hace falta alimentar de diversas maneras esta decisión de fondo: Ya que estoy en esta lo acepto, renuncio a vivirlo a medias y me asumo hasta los tuétanos como discípulo de Cristo llamado a evangelizar, como cura o como monja. Reconozco que mi identidad no puede entenderse ya sin la misión que Dios me dio y me miro a mí mismo con esa identidad, me acepto de corazón como hombre de Dios para los demás, y aprendo a disfrutar de que los demás me reconozcan como tal. Si soy virgen, renuncio de una vez a la paternidad biológica y acepto la hermosura de la paternidad espiritual. Acepto que esto es lo mío hasta la muerte y así recibo todo lo que Dios quiere hacer a través de mí.

Si no tomo en algún momento esta decisión soy como un cóndor, llamado a las alturas, pero arrastrándose por el polvo con las alas cortadas. Estoy renunciando no sólo a las cumbres de la vida espiritual, sino a las cumbres de la experiencia pastoral, que brinda gozos altísimos.

Al mismo tiempo, conviene acentuar de diversas maneras que tenemos un tesoro que ofrecer y no caben sentimientos de inferioridad. El mundo no tiene nada mejor para ofrecer, y de hecho es incapaz de ofrecer un sentido profundo para la existencia de la gente. Nosotros lo tenemos, y es luz, es vida, es sal. La humildad no nos impide valorar con humilde gratitud y profunda ternura la dignidad de haber sido agraciados por Dios con su amistad y con un ministerio. No hay que desvivirse para poder sentir que estamos a la altura de los regalos de Dios.

Si en esta tierra "todo se paga", la elección de Dios, en cambio, siempre seguirá procediendo de su libre mirada de amor. Por eso, ni su amistad ni el ministerio nos hacen sentir más que otros. Pero al mismo tiempo, haber sido agraciados de esa manera nos hace tiernamente felices. La consciencia de esta mirada de Dios hacia nosotros nos permite renovar nuestra alianza

de amor con él, y sentirnos firmes en él. De ese modo, podemos vivir para los demás ejercitando nuestros dones, pero sin esperar que los resultados le den un sentido pleno a nuestra vida. Somos de Dios, y él quiso hacerse nuestro; ésa es la alianza que sostiene nuestra vida cuando todo lo demás se cae, y también cuando nuestra tarea no nos ofrece éxitos visibles.

Esto es y será verdad siempre, en cualquier circunstancia: Somos instrumentos de Cristo para la salvación del mundo, también cuando sufrimos, también cuando fracasamos, también cuando nos sentimos humillados. La misión nos toma por entero, y la cumplimos de una manera o de otra.

### 5. *Sanar las enfermedades apostólicas*

No estamos en una época caracterizada por un gran fervor evangelizador. Y la falta de entusiasmo ciertamente no ayuda a sostener la fidelidad. Los cansancios, los fracasos, la rutina, el temor al desgaste y a ser absorbidos, el cuidado obsesivo de la privacidad, y otras dificultades muchas veces terminan quitando el gozo de evangelizar. Ciertas exigencias pastorales, que son permanentes, se viven a la defensiva. Pero al existir una permanente tensión defensiva, la actividad cansa más de lo razonable, y ya no se vive como respuesta al amor de Dios que convoca a la misión, sino como un peligro para la propia realización. Más que la tarea en sí misma, lo que desgasta y agota es la *resistencia interna* —ante personas, tareas o imprevistos— que quema a la persona.

Suele haber un cuidado excesivo de la privacidad: “Yo tengo mis espacios personales, privados, donde puedo respirar tranquilo, sin que me exijan cosas, me cuestionen o me absorban”. El problema es que muchas veces esos espacios privados pasan a ser los más importantes. Aunque de hecho uno haga muchas tareas, esos espacios privados de “libertad” pasan a ser lo que uno más desea. O uno se entrega sólo a algunas tareas que le dan gratificaciones, y escapa de las otras.

Hoy para muchos, cuando llega el momento en que acaba la actividad apostólica y pueden salir a la calle, irse, o simplemente refugiarse en su casa, en Internet o en la TV, se produce *un gran alivio*: “aquí soy yo, aquí decido nada más que yo, aquí hago lo que quiero”. Entonces, la entrega apostólica, la misión, deja de ser “lo que yo quiero” y pasa a ser una función pasajera, que se trata de realizar bien, pero en un tiempo limitado y controlado por uno. En esta soledad, suele confundirse la oración con un permanente autoanálisis, una creciente introspección, que no implica tanto revisar la propia respuesta a Dios en la oración, sino escrutar quien soy, si soy feliz o

no lo soy, si me dan afecto o no, etc. Más que de una profunda interioridad, se trata de un marcado subjetivismo. Allí no se alimenta el sueño de responder al amor de Dios con la misión sino la necesidad imperiosa de disfrutar mientras sea posible.

Muchos pasan de la hiperactividad a la desilusión o al cansancio abúlico (acedia), y entonces reducen su tarea al mínimo o a lo que les brinda satisfacciones inmediatas, descuidando otras tareas. Esto sucede cada vez más tempranamente. Como mecanismo de defensa, aparecen diversas formas de escapar de la gente.

Se advierte que el problema no es siempre el exceso de actividades sino las actividades mal vividas, sin las motivaciones adecuadas, sin una espiritualidad de la acción misma, sin una adecuada preparación, sin un orden y una selección prudente de acuerdo a la jerarquía objetiva de las tareas, sin libertad interior. Por eso las tareas cansan más de lo razonable, ya que no se trata de un cansancio feliz, sino tenso, pesado, insatisfecho, y en definitiva *no aceptado*. Ese cansancio enfermizo no requiere sólo pequeños espacios de reposo y esparcimiento, sino cada vez mayores tiempos de autonomía. En síntesis, hay un modo de vivir nuestra misión que no nos hace felices.

Puesto que lo que nos cansa y nos perturba son las actividades mal vividas, se vuelve imperioso darle *calidad* a la actividad. ¿De qué manera?

a) En primer lugar creo que se trata de ayudarnos a encontrar a Dios en lo cotidiano, en la tarea ordinaria, y de gustarla, reencontrando el profundo valor a la entrega de cada día. Si bien la propia tarea no resuelve todos los problemas, dedicarse sinceramente a ayudar a algunos pocos a vivir con más dignidad en una problemática determinada ya justifica la entrega de la propia vida. Así se puede contrarrestar el escepticismo actual, que nos dice que todo es lo mismo, que no se puede cambiar nada, y por lo tanto que no vale la pena sacrificarse.

b) Al mismo tiempo, es bueno desarrollar un sentido de misterio ante los fracasos y la ansiedad. Hace falta dejar de contabilizar nuestros éxitos y convencernos de que Dios nunca falla cuando sus elegidos son dóciles y se entregan con confianza, y produce sus frutos más allá de lo que se puede medir y constatar. Ningún esfuerzo ofrecido con amor y confianza en Dios se pierde. Todo da sus frutos y somos fecundos de una manera o de otra.

c) Pero lo más importante es cargar de hondura y fuerza espiritual la actividad apostólica, aprendiendo tres cosas:

\* A vivir un encuentro personal con Jesucristo en medio de las tareas. A recuperar la alegría de seguirlo en todo, a recuperar la conciencia feliz de que él camina conmigo, respira conmigo, vive conmigo, trabaja conmigo. Es volver a convertirse, a escuchar el "sígueme" que me cambió la vida, a declararlo una vez más Señor de la propia existencia y darle a él el centro, también en el trabajo.

\* A incorporar mejor el apostolado en la oración personal, para que esa oración sea verdaderamente alimento de la misión: un modo es la intercesión, otro modo es detenerse a dar gracias un instante después de cada tarea para evitar una excesiva división entre el apostolado y la privacidad, otro modo es conversar con Dios sobre las dificultades que tenemos en las tareas, otro modo es pedir luz a Dios sinceramente antes de preparar una tarea.

\* A detenerse con disponibilidad en cada tarea y en cada persona y a dejar de resistirse internamente ante las exigencias ajenas. Hay una serie de recursos tanto espirituales como psicológicos para aprender a detenerse, a vivir el presente venciendo la ansiedad venenosa, y a dejar de resistirse tanto, a aflojarse ante los requerimientos permanentes de la misión.

Hoy o somos místicos o no podremos ser auténticamente fieles. Pero se trata de ser místicos no sólo en la oración personal, sino místicos en la vida, en el encuentro, en el servicio, en la fidelidad que se vive en medio de la entrega cotidiana.

## *6. Entregar la propia verdad*

La fidelidad supone haber entregado el corazón. El "corazón" son esas intenciones más escondidas, las decisiones ocultas que no compartimos con nadie, los verdaderos proyectos que nos movilizan desde lo profundo, lo que en realidad andamos buscando cuando hablamos, cuando tomamos decisiones, cuando trabajamos.

Alguien puede aparentar ciertas cosas, pero en realidad su corazón puede estar buscando otras. Por eso, hay personas que aparentemente son cristianas, oran, van a Misa, hablan muy bien del Señor, pero en su corazón, en la verdad secreta de su interior, en realidad no buscan a Dios. Al mismo tiempo que rezan, pueden estar maquinando la manera de dominar a los demás, o alimentando odios, o pensando sólo en su fama o en la consecución de algún secreto y prohibido placer, y además, sin el deseo sincero de cambiar. Esta actitud ambigua frente a ciertas atracciones e intenciones, que consiste en decir a Dios un sí y un no al mismo tiempo, hace que

nuestra vida, teñida por esa ambigüedad, se desgaste en una apariencia vacía y deshumanizante.

Es allí, en esas intenciones escondidas, donde quiere entrar el Espíritu Santo. Eso es precisamente lo que más le interesa, porque todo lo demás puede ser cáscara, apariencia, mentira; porque muchas veces la porquería del corazón se disfraza de buenas obras y de bellas palabras: "Satanás se viste de ángel de luz" (2 Co 11, 14). Por eso su Palabra nos exhorta: "Buscadlo con corazón sincero... Porque el santo Espíritu educador huye de la falsedad, se aleja de los pensamientos vacíos" (Sab 1, 1.5).

Ya decían los Proverbios que "lo que más hay que cuidar es el corazón" (Prov. 4, 23). Y por eso mismo decía san Pablo que puedo entregar mi cuerpo a las llamas, o repartir mis bienes, o hacer maravillas, pero que todo eso de nada sirve si no hay amor (1 Co 13, 1-3), si mi intención más profunda y real no es el amor al hermano.

Nunca habrá verdadera conversión, ni madurez, ni felicidad real, si no permito que el Espíritu Santo entre allí, en lo más secreto, en las intenciones ocultas que realmente me mueven; si no permito que me haga ver la falsedad de esas intenciones y no me dispongo a permitir que me las cambie. El corazón nuevo que el Señor quiere infundir en mí es un corazón con intenciones sanas, que de verdad ande buscando el amor, el servicio, la gloria de Dios, y no sólo su propio bien o la gloria vana. Por eso Santa Teresa de Avila se preguntaba cada tanto: "Teresa ¿para qué entraste al convento?". Y así confirmaba si sus intenciones seguían siendo auténticas.

La verdadera revolución de nuestra vida se producirá entonces cuando aceptemos cambiar el corazón. El descuido de las intenciones profundas del corazón –que son los móviles reales de la persona– es lo que produce seres profundamente inconsistentes.<sup>1</sup>

¿Cómo se supera esta inconsistencia? Se trata de lograr una profunda sinceridad ante Dios para que dejemos de escapar de Él. De otra manera, dejaremos enfriar y morir nuestro amor hacia Él, nuestra oración y nuestro fervor religioso. Según A. Cencini la responsabilidad frente a las propias inconsistencias consiste ante todo en "el coraje de admitirlas con precisión y de confrontarse cotidianamente con ellas".<sup>2</sup> Sin este reconocimiento sincero de la situación, no hay superación posible, por más que pretenda cubrirla bajo el barniz de algunos momentos de oración.<sup>3</sup> Por otra parte, esta capacidad de mirar al mismo tiempo a Dios y al propio yo real –el fondo del corazón– sin esconderse, es la condición para un auténtico encuentro espiritual, es lo que posibilita –si perseveramos en ese espacio

sincero— que fluya espontáneamente una oración que no es mero cumplimiento de un deber, sino un contacto del corazón con Dios.

Este proceso supone que uno ha renunciado a poner excusas y a disfrazar la maldad “objetiva” de las propias inconsistencias, y que con toda claridad las reconozca como cosas malas. Cuando pretendemos que nuestros defectos no son algo malo, entonces no aprendemos nada de ellos, no nos sirven para ser más pacientes y comprensivos, ni para ser más humildes y simples ante Dios. Si vivimos buscando excusas y hemos perdido la claridad de nuestra consciencia, habrá que pedir a Dios esa claridad, para que poco a poco podamos vivir mejor. El ocultamiento que no permite enfrentar los problemas reales, es quizás el veneno más peligroso para la fidelidad.

### *7. Codo a codo*

El posmoderno, al mismo tiempo que está muy centrado en sus necesidades inmediatas, también suele estar insatisfecho con sus relaciones humanas. Contagiado por el consumismo imperante tiende a desarrollar un estilo de vida individualista que le lleva sobre todo a escapar de los que sufren, de los feos, de los necesitados, de los angustiados. Hay también un individualismo “pastoral” que se expresa en ver a los demás como peligrosos o como competidores.

En muchos existe una capacidad de relacionarse con afabilidad y un gusto por sostener largas conversaciones, pero al mismo tiempo una dificultad para insertarse en un proyecto verdaderamente comunitario. Muchas veces esto se convierte en un aislamiento malsano, en el cual es posible que se pierdan perspectivas, se desdibuje el sentido de la realidad y la persona se deje llevar más fácilmente por las malas inclinaciones.

Hoy, rodeados de estímulos y ofertas de todo tipo, el aislamiento es particularmente peligroso. En la soledad vivida como aislamiento se corre el riesgo de perder el sentido de lo bueno y de alimentar las inclinaciones más inconvenientes y egoístas y los criterios personales más subjetivistas. El individuo aislado pretende definir lo que está bien y lo que está mal de acuerdo a lo que él considera que lo realiza como persona, sin que pesen en esta consideración criterios externos a su perspectiva, sin dejarse interpelar por los otros.

Para quien vive en el mundo la concupiscencia (que tiende a volverse búsqueda enfermiza de sí) sólo se domina en comunidad. Por eso se vuelve indispensable tomarse en serio una pastoral orgánica. Parece clave que los agentes pastorales se unan detrás de un proyecto atractivo y convincente,

que congregue, entusiasme, apasione como búsqueda común, que estimule las ganas de trabajar juntos por algo que vale la pena, y que implique instancias comunitarias de discernimiento, aplicación, búsqueda, evaluación y celebración. Tiene que ser un proyecto donde cada uno ponga sinceramente sus convicciones más profundas, pero dejándolas transformar por los otros, y acepte dialogar hasta que surja una síntesis común, algo que pueda motivar, atraer, convencer y movilizar a todos.

Pero esto supone necesariamente desarrollar un espíritu comunitario con un trabajo personal en la oración para adquirir y sostener una pasión comunitaria; el sueño de trabajar y luchar con los otros: Con ellos y por ellos yo doy la vida en un sueño comunitario, lucho cada día para vencer el mal con el bien, abro el corazón y la mente para dejarme interpelar y doy lo mejor de mí. Siempre aparecerán las tentaciones del resentimiento, del espíritu de mártir, de la competencia entre nosotros, del aislamiento rencoroso. Esas son profundas tentaciones “diabólicas” que nos destruyen.

En contra de estas inclinaciones podemos desarrollar una mística que impulse desde adentro hacia la comunión, que alimente una pasión por el trabajo en común, como la que pudieron infundir los grandes santos a sus comunidades. El desarrollo de un firme espíritu comunitario es hoy un camino indispensable para asegurar la fidelidad. En realidad, se trata de un viejo secreto de la fidelidad, indicado en la Palabra de Dios:

“Quien ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza”

(1 Jn 2, 10).

---

<sup>1</sup> Cf. A. CENCINI, *I sentimenti del figlio*, Bologna 1999, 179-181.

<sup>2</sup> Ibid 183.

<sup>3</sup> Cf. A. GRÜN, *Cómo estar en armonía consigo mismo*, Estella 1998, 15.